

Lo que reflejaron los juegos olímpicos

A lo largo de casi tres semanas buena parte de la población mundial ha estado pendiente del desarrollo de las olimpiadas. La magia de la televisión hizo posible que el público pudiera seguir las incidencias y los triunfos deportivos que se sucedían en Atlanta, convertida por unos días en la capital olímpica. Alrededor de 3,500 millones de personas siguieron por televisión los juegos. Ha sido un auténtico acontecimiento no sólo deportivo, sino también cultural y político.

La esencia del espíritu olímpico ha alcanzado así una fuerte e importante promoción: la sana competencia, el esfuerzo por la propia superación, el sentimiento de fraternidad y el mensaje de pacifismo, que encarnan los juegos, han sido ampliamente difundidos en un mundo problemático, que urge de mensajes positivos. Para la juventud resulta de especial trascendencia en tiempos en que la falta de oportunidades, el desempleo, el pandillerismo, la droga, la violencia y la desesperanza hacen estragos por doquier entre las jóvenes generaciones.

Unas olimpiadas no traen soluciones a esta grave problemática, pero pueden ser un aporte para hacer conciencia de los cambios de actitud que necesita el mundo para enfrentarla. Pero mientras los gobiernos sigan invirtiendo más en armamentos que en la promoción masiva del deporte, o las sociedades gasten más en consumo suntuario que en salud, cultura y educación, los juegos olímpicos difícilmente pasarán de ser otro espectáculo más para un gran público pasivo y ávido de entretenimiento. Pero al menos van dejando un mensaje.

Estos fueron los juegos olímpicos más grandes

de la historia desde que, rescatados de la antigua tradición ateniense, fueron reinstaurados en 1896. Posiblemente hayan sido también los que han requerido de mayor inversión, con lo cual las empresas transnacionales, convertidas en patrocinadoras oficiales, hicieron sentir su presencia. El incidente de la nadadora costarricense Claudia Pohl, a punto de ser descalificada por lucir el logo de la *Pepsi-Cola* en el momento de recibir la medalla de oro, evidenció las presiones de la *Coca-Cola* por hacer cumplir estrictamente las normas olímpicas a empresas rivales no patrocinadoras. No obstante, debe saludarse la regla de prohibir toda publicidad comercial en las canchas y en los actos olímpicos.

Pero la publicidad es profusa y exageradamente difundida por los canales televisivos, los cuales contratan derechos exclusivos y monopolizan la transmisión, permitiéndose todo tipo de abusos. Por ejemplo, en El Salvador no pudimos presenciar en su totalidad el acto de clausura, debido a los cortes publicitarios constantes que efectuaba el canal nacional. Tampoco habíamos podido seguir un partido o competencia completos —a excepción del fútbol—, pues la señal enviada desde Estados Unidos transmitía pedazos de una y otra cosa, dando preferencia a los momentos en que algún atleta gringo participaba o cuando jugaba el equipo local. Seguir una competición era harto complicado: del voleibol podía pasarse a la gimnasia, inmediatamente venía una regata, unas jugadas de tenis y un poco de baloncesto. ¡Era algo esquizofrénico!

Que los juegos olímpicos en esta vigésimo sexta edición hayan sido los mayores no significa que hayan sido los mejores. Aunque se batieron varias marcas olímpicas, debe decirse que uno de



los récords que se rompió en Atlanta fue el de la desorganización. Reuniones de emergencia entre las autoridades olímpicas y los organizadores locales no lograron solucionar todo lo que andaba fallando. Estados Unidos no estuvo a la altura del compromiso. Así lo demuestran las protestas de los atletas, quienes durante varias noches tuvieron que dormir en el suelo, porque faltaban camas, sus quejas por el transporte caótico y a destiempo, sus reclamos por la falta de bebidas en las canchas y por alimentos deficientes, sus denuncias por la discriminación de unas delegaciones respecto a otras, o de los atletas desconocidos de países del sur frente a los deportistas famosos. La anécdota que rebasó toda fantasía fue la del equipo polaco de tiro con arco, cuyos integrantes viajaron sin las flechas, porque les aseguraron que serían proporcionadas en Atlanta por los organizadores. Diez días más tarde aún seguían esperándolas y entrenando sus tiros, con arco, pero sin flechas. Algo que hubiera sido digno de verse, pero que, desde luego, no fue retransmitido por la televisión estadounidense.

Los organizadores estadounidenses estuvieron al parecer más pendientes de asegurar lo que era espectáculo que de los aspectos propiamente

organizativos, que eran su responsabilidad. Las fallas en los servicios de seguridad, los cuales, a pesar de haber sido advertidos por teléfono, ni evacuaron el área ni pudieron evitar el estallido de una bomba terrorista, determinaron el momento más crítico de los juegos del centenario. Era preferible menos afán de grandeza y más eficiencia práctica, tal como otros países en las ediciones anteriores supieron garantizar. La mayor potencia del mundo, sorprendentemente, no pudo o no supo igualarlos.

Aunque no puede excusarse el maremágnum desorganizativo de Atlanta, sin embargo, el tamaño y la magnitud de la actual olimpiada puede ser un justificativo. En estos juegos del centenario han sido más de diez mil los atletas que, representando a nada menos que 194 países, participaron en las distintas competencias. Casi no hay nación en el mundo que no haya enviado, aunque fuera una modesta, representación olímpica. También ha sido mayor el número de disciplinas así como, lógicamente, la cantidad de medallas que fueron otorgadas. Un total de 841 medallas, 271 de oro, fueron registradas en los medios de comunicación.

De las 194 delegaciones nacionales participantes, solamente 79 países consiguieron alguna me-

dalla, y sólo 50 lograron alguna presea de oro. Es decir, alrededor de un 40 por ciento de los países tuvieron el orgullo de ver a un compatriota suyo subir al podio y sólo una cuarta parte aproximadamente consiguió alguna medalla de oro, por ser acreedores de la máxima excelencia, en alguna de las especialidades. Varias de las naciones del mundo subdesarrollado muestran, no obstante, algún desarrollo en uno o varios deportes, lo que las hizo merecedoras de quedar incluidas en el medallero olímpico. El Salvador, desgraciadamente, está entre el 60 por ciento de países que no pudo ver izar su pabellón nacional, en honor a alguno de sus atletas condecorados. En lo que a deporte respecta hay que reconocer que nuestro país, lamentablemente, está entre los más subdesarrollados dentro del llamado tercer mundo.

Sin duda, por ser el nuestro un país pequeño, la posibilidad de contar con algún campeón olímpico es objetivamente menor. Hay una relación entre la cantidad de población de una nación y las oportunidades para que surja algún atleta prominente. Es cuestión de simple probabilidad estadística. Nuestra desventaja frente a Brasil, México o cualquier otra potencia demográfica, está fuera de toda duda. Sin embargo, la importancia del factor poblacional debe relativizarse. Hong Kong y Costa Rica consiguieron sendas medallas de oro, a pesar de su pequeñez. En cambio, India, una gran potencia por el tamaño de su población, aparece última en el medallero con una única medalla de bronce. Por el contrario, Jamaica logró seis medallas y una de ellas de oro. Un país con una población como la salvadoreña —unos cinco millones de habitantes—, Dinamarca, consiguió colocarse en una muy honrosa posición 19 al conseguir cuatro medallas de oro y un total de seis medallas. Por lo tanto, la demografía cuenta, pero es una excusa muy insuficiente.

Para que una nación destaque en los juegos olímpicos, está claro que debe tener políticas oficiales de educación, promoción y apoyo al deporte. Pero también es evidente que hay límites que resultan impuestos por la relación entre el desarrollo deportivo y el desarrollo en general: económico, social, cultural... De ahí que no sea casualidad que en los primeros puestos del medallero de Atlanta figuren justamente las grandes potencias del mundo. Los primeros seis lugares aparecen ocupados por naciones que ocupan un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones

Unidas o que forman parte del llamado G-7 o grupo de los países más desarrollados. Efectivamente, en el medallero aparecen por el orden: Estados Unidos, Rusia, Alemania, China, Francia e Italia. Juntos, estos seis países suman 351 medallas olímpicas, de las cuales 134 son de oro. Es decir, acapararon casi el 42 por ciento del total de medallas y cerca de la mitad de las de oro. Dominación económica, hegemonía política y triunfo deportivo parecen, pues, ir de la mano. ¡Los que mandan en el mundo, además, ganan en los juegos olímpicos! El mérito entonces es doble para los atletas de los países pobres o de un menor desarrollo que consiguieron arrebatarse a los seis países hegemónicos la otra mitad de las medallas de oro.

A continuación y en séptima posición viene Australia, con nueve medallas de oro y un total de 41, mostrando tener un desarrollo deportivo superior a su desarrollo económico y a su peso político mundial. ¡Un sitio de honor para el país que recibirá en Sidney, en el año 2000, al filo del milenio, a la comunidad internacional para otra edición de los juegos! En cambio Gran Bretaña, miembro del Consejo de Seguridad y del G-7, aparece descolgada del grupo de cabeza, en un poco honroso lugar 36, con quince medallas, pero sólo una de oro. Otros dos miembros del G-7, Canadá y Japón, también están en posiciones poco destacadas, la 21 y 23, respectivamente, tras lograr cada uno tres medallas de oro, el primero totalizando 22 medallas y el segundo 14.

Caso especial es el de Cuba, que sigue a Australia al lograr la octava posición, hazaña que ningún otro país del tercer mundo pudo, ni de lejos, emular. Los cubanos acumularon 25 medallas, de las cuales nueve son de oro. Dado que no se trata tampoco de una potencia demográfica —su población es aproximadamente el doble que la de El Salvador—, la explicación al ya tradicional excelente desempeño de los cubanos en las competencias olímpicas hay que buscarla en sus políticas estatales de promoción al deporte y en su sistema económico social, que ha favorecido extender su práctica a toda la población. Mucho más que en China, Vietnam o Corea del Norte, en Cuba, el socialismo le ha puesto su impronta al deporte, de modo que éste no puede entenderse sin aquél y viceversa. El socialismo cubano es una forma de vida y no solamente una opción política y económica. Por ello mismo, aunque ya superada la guerra fría, los triunfos del deporte cubano en territo-

rio estadounidense vienen a ser la prolongación del contraste socialismo-capitalismo, en las distintas esferas de la vida, incluida la arena deportiva.

Ese contrapunto se extiende a otra serie de naciones que en décadas anteriores conformaban el llamado segundo mundo o bloque socialista. En los países que fueron parte del mismo, aun con las transformaciones políticas, han sobrevivido las infraestructuras deportivas, las tradiciones olímpicas y las estructuras organizativas del deporte. De ahí que estas naciones sigan manteniendo una fuerte presencia olímpica, incluso a pesar de la frecuente "fuga" de atletas destacados a occidente. Algunos de ellos compitieron bajo otras banderas, en países donde el deporte profesional o semiprofesional es mucho mejor pagado. De este modo, algunas delegaciones se debilitan, mientras que otras se fortalecen, por esa misma migración deportiva. No obstante, este grupo de países socialistas y ex socialistas pudo mantener una actuación muy destacada, si se toma en cuenta que a nivel económico están en vías de desarrollo o francamente atrasados. Es el caso de siete países: Rusia, China, Cuba, Ucrania, Polonia, Hungría y Rumanía. ¡De las primeras catorce posiciones en el medallero final de Atlanta, la mitad fueron ocupadas por países ex socialistas o que siguen siendo socialistas! A no mucha distancia les siguen la República Checa, Bulgaria y Kazajstán, estas últimas con tres y la primera con cuatro medallas de oro.

Por un lado, los países más ricos tienden a arrasarse con las medallas deportivas. Al lema olímpico "más lejos, más alto, más rápido" parece que debiera añadirse la condición: mejor comido, mejor educado, mejor entrenado. Pero esta determinante económica se ve contrarrestada, en parte, por esa otra política social, por la que un sistema con mayor sensibilidad hacia sus población logra sus ventajas comparativas a la hora de la competencia. El neoliberalismo monopoliza los mercados, incluso el de las ideas, pero no ha conseguido acaparar todo el oro y la plata, que se distribuye simbólicamente en la contienda olímpica. Si hacemos el ejercicio de sumar las medallas obtenidas por lo que fue antes el bloque socialista obtenemos un total de 293, de las cuales 94 son de oro. Es decir, casi el 35 por ciento fue para estos países socialistas o ex socialistas. ¡Algo más de una docena de países se hicieron con la tercera parte de los trofeos olímpicos! Es un dato.

La misma hegemonía aparentemente absoluta de Estados Unidos en los últimos juegos (44 medallas de oro, mientras que Rusia obtuvo la segunda posición con sólo 26; 101 medallas en total, frente a los rusos que consiguieron 63) resulta, asimismo, bastante menor, si tomamos en cuenta la realidad geopolítica anterior. Si tras el derrumbe del socialismo, la ex Unión Soviética hubiera mantenido la Unión de Repúblicas (o sea, la Comunidad de Estados Independientes), el resultado habría sido mucho más reñido. En efecto, al sumar los logros obtenidos por Rusia, Ucrania, Kazajstán, Bielorrusia, etc., resultan 118 medallas, 17 más que Estados Unidos. Siempre se mantendría éste en primera posición con sus 44 medallas de oro, pero a una distancia de sólo cinco respecto a la segunda posición, puesto que la Comunidad de Estados Independientes habría acumulado 39 medallas de oro. O sea, más que el paso al capitalismo, ha sido la fragmentación estatal la que ha provocado que los anteriores éxitos soviéticos aparezcan ahora como pobres resultados de los rusos. En resumen, las que fueron las dos superpotencias del mundo siguen siéndolo en el deporte olímpico, aunque el nuevo mapa geopolítico y nacionalista haya velado esa realidad.

El espíritu del olimpismo favorece la democracia, pero hoy por hoy, en un mundo esencialmente desigual, los juegos olímpicos reflejan fatalmente esa realidad: no son democráticos, puesto que en un mundo como el existente no pueden serlo. Los cinco anillos entrelazados que simbolizan la hermandad de los cinco continentes resultan ser de tamaños diferentes. Grande el de Europa: de los primeros veinte puestos del medallero quince corresponden a países europeos. El del continente americano es el anillo mayor del logo olímpico si se incluyen Estados Unidos y Canadá. Pero si lo vemos desde una perspectiva latinoamericana, resulta diminuto. Solamente diez naciones de la región consiguieron medallas en Atlanta. En total 56 medallas, quince de ellas de oro. En verdad, únicamente tres países destacan por sus logros olímpicos: Cuba, Brasil y Jamaica. Los otros siete (Costa Rica, Ecuador, Argentina, Bahamas, Trinidad y Tobago, México y Puerto Rico) juntos suman diez medallas, incluidas las de oro logradas por Costa Rica y Ecuador.

Al menos —dirá alguno—, los latinoamericanos salimos mejor librados que los africanos, que sólo consiguieron once medallas de oro de un total

de 35 medallas. Consuelo insuficiente y sospechoso de racismo, es, además, poco exacto. Si no es por los cubanos —quienes por cierto tienen étnicamente un fuerte componente africano—, los latinoamericanos quedamos bastante atrás de África. Si restáramos las 25 medallas de Cuba, incluidas sus nueve de oro, América Latina sumaría 31 trofeos frente a 35 de los africanos y sólo seis preseas de oro frente a las once que obtuvo el continente africano. Si es que las cifras y los resultados olímpicos algo indican de la realidad de nuestro subcontinente, nos muestran una cruda verdad de difícil asimilación: si se exceptúa Cuba, ¡América Latina está peor que África!

Estar detrás de los últimos es, desde luego, la peor posición posible. Estar peor en deporte no necesariamente quiere decir que estemos peor también en otras cosas. Pero tampoco debemos suponer lo contrario. El lastre de la deuda externa

que aplasta a la región latinoamericana desde los setenta, la década perdida de los ochenta para el desarrollo económico y, por último, el impacto de las políticas neoliberales de los noventa han sido devastadores para la mayoría de los países latinoamericanos. ¿No tienen estas cuestiones nada que ver con el deporte? Afectan, sin duda. Una sociedad enferma difícilmente aportará espíritus sanos y cuerpos saludables. La democratización no ha conseguido hasta ahora cuajar un desarrollo equitativo y viable, ni frenar la emigración masiva hacia el norte, ni ofrecer un futuro a nuestra juventud desesperanzada. Nuestras tiernas democracias tampoco han logrado democratizar el deporte y extenderlo entre el pueblo. El triunfo olímpico habrá de llegar a su tiempo, fruto del propio esfuerzo por el desarrollo y como parte del mismo. La olimpiada, esa bella utopía, espera por América Latina.

Ricardo Ribera

